

ÁNIMAS

Celso M. De la Torre



Capítulo 1

ÁNIMAS.

La finca está ubicada en la periferia de la ciudad, hacia el suroriente, entrando por el camino viejo al Valle de los Chillos. La casona era parte de una gran hacienda agrícola de la época colonial. Hay todavía mucho terreno, con un bosque de eucaliptos y pinos en la parte posterior. En la puerta principal luce un letrero donde se lee: "propiedad en venta, informes inmobiliaria tal". Actualmente la habitamos nosotros y la encargada de cuidar la propiedad. El último heredero desea vender esta antigua construcción y el terreno circundante, debido a que su ubicación ha generado una excelente plusvalía. Si no se vende a un solo interesado, la negociarán por lotes, hecho que decididamente nos obligaría a emigrar sin rumbo, conociendo de antemano que nuestra ingrátida opinión no cuenta para nada.

Algunos conversan, se ríen, algunas veces se quejan y lloran cuando no se ponen de acuerdo. Siendo la casa de grandes espacios, tienen libertad para traerme y llevarme de un lado a otro con sus engaños sonoros o escasamente presenciales. Cuando jugamos pasan fugaces como sombras. Son ánimas de mujeres y hombres que cuchichean y se mofan de mí, con sus risas estridentes, indecentes o agresivas. Al ser el más joven, me esperan detrás de las puertas y con su halo gélido rozan mis sienes o se envuelven en mi cuello, tratando de inducirme temor, y con él, amortajarme junto a ellos. Hay dos o tal vez tres que me hablan quedo, nunca de frente, más bien presentes en el rabillo del ojo, donde les reconozco y confirmo que son mis muertos, es decir los que algún día en vida estuvieron a mi lado, no sé si amándome, odiándome, o simplemente transitando algún espacio de mi existencia. Varios amanecen retozones y traviosos, aprovechando que entro al baño, se explayan lanzando pinceles y óleos de colores contra la pared o contra el lienzo preparado en el caballete. Realizan trazos inverosímiles y dignos del mejor creador abstracto, causándome una sana envidia, libre de egoísmos o estigmas. Son una muy buena influencia que acrecienta la todavía limitada concepción técnica y estética de mis creaciones. Lo bueno de la eternidad, es que puedes actualizarte en cualquiera de las novísimas corrientes pictóricas; todavía recuerdo cuando empecé imitando retratos a lo Goya.

Cuando llega la tarde y luego la noche, sienten como yo la tristeza y la agonía que empieza a recorrer la edificación. La casa tiene sus propios ruidos, que dejan de ser un alboroto y se convierten con exactitud de metrónomo, en música que se escucha clara y tenebrosa. El arrastrar acompasado de cadenas, intercaladas de contrapuntos salidos del subsuelo más profundo, deshilacha la pena en llanto de todos los

habitantes de la casa.

La conciencia de la vida te crea un vacío, que solo con la muerte puedes llenarlo. Y la verdad sea dicha, viví muerto en vida, tal vez porque no aprendí a vivir, o no quise vivir inducido u obligado a vivir por vivir, decidiendo existir más bien, creyendo y creando que simplemente subsistiendo. También influenciaron y devinieron en todo este apego a lo intangible, la ausencia de fuentes emocionales estables, y la abrumadora decepción que causan los seres humanos, cuando tratan de codificarte y adaptarte, a sus egoístas necesidades de grandezas efímeras o sus mentiras existenciales, sin importarles que el destino de tus días sea otro: propio, natural y fantástico. Es por eso que soy agradecido con Beatriz, la que nunca me abandona. Sigo sus consejos al pie de la letra, y jamás la veo con cara de espectro malhumorado. Llega y se acerca por encima del hombro izquierdo, generando mucha paz y sosiego. Cuando percibo su presencia, es casi transparente con cierto halo luminoso. Me hace recordar esa niñez inconsciente y triste, donde ella posaba sus palabras de aliento y claros razonamientos, inculcándome el valor de la constancia y la fe para llegar a la meta con paso lento pero seguro. Sus consejos sobre la honradez y el amor sincero todavía prevalecen en mí. Ahora simplemente cambiando la intensidad de su resplandor se deja entender. A ella le debo ese tono rojo pasión, ese anaranjado optimista que matizo con los amarillos y verdes claros, también es parte de las canciones alegres que a veces tarareo, y de la sonrisa que en vida se volvió ambigua de no creer. Cuando existe alegría por los logros o pena por la derrota, siempre está ahí. No se aleja mucho y está pendiente que nunca me falte lo necesario para seguir plasmando este vínculo cromático.

La semana pasada, como algo inusual, Norma recibió una llamada telefónica, advirtiéndole el arribo de ciertos interesados en las pinturas, que durante algún tiempo pude realizar y almacenar. El alboroto en la casa fue grande, y las expectativas se centraron en la llegada de los visitantes. Los más avezados de mis camaradas intangibles, preparaban ya sendos chascos y musarañas de bienvenida. Otros más serenos y cautos simplemente tomaban posesión de columpios, mecedoras, lámparas colgantes y cortinas, sin olvidarse de los chirridos altisonantes de aldabones y bisagras, o el desafinado crujido de los escalones de madera. Norma entró al estudio, abrió la ventana, y como siempre habló sola sobre lo mucho que le gustaban mis pinturas. Mencionó la visita de los interesados en los cuadros, y meneando la cabeza, dejándose llevar de esas viejas y trágicas historias que supuestamente había escuchado de mi vida, recordaba cómo había conocido mis obras y el impacto que le ocasionó mi autorretrato. Al salir de la habitación noté que sus ojos estaban húmedos. Beatriz siempre cariñosa y consejera, me dijo susurrando, que era mejor no bajar, y dejar que Norma se entienda con los potenciales clientes. Al fin y al cabo, el precio de los cuadros y señas técnicas, estaban en los certificados pegados en la parte posterior de las obras. Al llegar los compradores comenzó la fiesta, todos sin excepción se

esmeraban en quedar bien. La sensibilidad de las artimañas con las cuales jugaban mis amigos rayaba en un "hilar muy fino", casi imperceptible, extrañas sin duda, para las personas destinatarias de estas inocentes monsergas. Gente acostumbrada a ser objetivos y materialistas, casi no percibieron la algarabía que provocaron, sin embargo, más de uno se asustó por el tintinear de una lámpara, una sombra fugaz en el espejo o por el golpe de alguna puerta al cerrarse. Norma ya acostumbrada a estas muestras de presencia, con mucha entereza hacía caso omiso, tranquilizando a las personas que se desplazaban intimidadas. Debemos destacar el gusto de los compradores, quienes haciendo gala de buen ojo y conocimiento de técnicas pictóricas, escogieron las mejores obras, dejando sendos cheques en la mesa del estudio y recomendando a Norma, el embalaje y traslado de las mismas a sus respectivas casas y oficinas, por un dinero extra que ella entusiasmada aceptó.

Un poco de vanidad se apoderó de mí, y la necesidad de prevalecer y ser un mejor artista, hicieron que regrese instintivamente al taller a pintar con inusitado furor. Al ingresar, en el rincón más lejano de la habitación, pude entrever el perfil de Rosa. Gruesa de cuerpo, mandíbulas cuadradas, ojos de mirada fría y cejas negras; vestida a la usanza de las beatas de la época colonial, siempre parecía estar rezando. De las presencias etéreas era la que más temor y respeto infundía; antagónica, demostraba su posición grosera y violenta, al punto que nadie se le acercaba, ni siquiera los espíritus afines al mismo sino. La mayoría de los espejos, algunas lámparas, y parte de la vajilla en porcelana de Sèvres, habían sido destrozados por ella de forma furiosa y descomedida. Su imponente insolencia la encajaban dentro de esos espíritus chocarreros, indeseables incluso para esta casa. Muchas veces pegada al techo me vigilaba, deseando controlarme sin conseguirlo. Este cierto escepticismo y temor a la gente, se debe a su malhadada influencia. Desde niño me engañaba, y me castigaba físicamente con un fanatismo incomprensible. Otro de los pasatiempos de Rosa, en vida, era empujar a los niños incautos de la familia, escaleras abajo, en un torcido afán por disciplinarnos; rigor por el cual acabé algunas veces en el piso inferior con la cabeza rota y el alma desolada. Creo que el protegerse del sol bajo el floripondio del patio, le obnubiló la razón, induciéndole esas tendencias sádicas de concebir las convivencias. Fue en un tiempo la encargada de mi crianza física y llegué a tenerle un poco de cariño. Lamentablemente debo admitir que, gracias a ella, siento cierta antipatía por el color gris oscuro y el verde militar; amén que el negro azabache de su cabello, siempre cuestionó la cromática real que debían tener los fondos de mis composiciones pictóricas. Además, algo que por relación de efecto tengo que reconocerle, es haber sembrado en mí esta rebeldía, y con ella la decisión de buscar la luz en ese camino incomprensido e incierto hacia el propio albedrío.

Otro día la campanilla de la cocina sonaba con insistencia, la encargada se apresuró a salir, encontrándose con una pareja que bordeaban los 80 años de edad. Norma al preguntar el motivo de su visita, afirmaron su deseo de

conocer la propiedad. Les hizo pasar sin mayor convicción, sabía que cualquier desliz por parte de los saboteadores de siempre, echarían al traste las buenas referencias y el posible negocio. Por increíble que parezca, en todo el recorrido, tanto dentro como fuera de la casa, nadie movió nada ni musitó un chis, se portaron tan educados y diplomáticos que ni siquiera se los vio merodeando en los alrededores; por Manuel supe después la razón. Manuel fue uno de los dueños del inmueble y mi tatarabuelo, el cual, por falta de presencia física, fue desplazado de la propiedad y enterrado debajo de ella. Cuando todas las ataduras materiales han quedado deshechas, empiezas a sentir que nada mundano tiene ya sentido, pero la casona era otra cosa, era testigo de nuestras transiciones pasadas, presentes y futuras y una parte incluyente dentro de nuestra existencia. Escenario de romances, matrimonios, nacimientos y muertes de gran parte de la familia, muchos formaron sus hogares aquí y otros emigraron a las ciudades. Algunos de estos parientes ya no existían físicamente cuando yo nací; los más afines cohabitan ahora conmigo, y desgranamos juntos el tiempo para no aburrirnos con esta eternidad. Volviendo al tema de Manuel, en realidad he quedado sorprendido, por el feroz apego que le tiene a este lar a pesar de todo. Persuadió al resto de vecinos de la casa, para no actuar de forma traviesa o descortés contra los ancianos interesados en comprar, pensando que ellos también en poco tiempo, estarían integrados al resto de ánimas en posesión de esta propiedad. Estos argumentos tuvieron tanto peso que nadie le contradijo. Manuel vestía siempre su mejor atuendo: el terno de lanilla y sombrero Borsalino de ala corta que resaltaban su buen porte, conservando esa altivez destinado a los escogidos. El me enseñó amar la naturaleza, y a observar el cielo de nubes blancas que se cargan de grises cuando anuncian las lluvias, conocí el tono siena de la tierra, el verde de los árboles y las plantas, descubrí el turquesa azulado de los ríos andinos, o el plateado espumante que ocasiona el agua contra las rocas. Mientras acariciaba el cabello infantil, me hacía cómplice de su versión sobre la presencia de los cuerpos celestes en el Universo, y trataba de explicarme cual era la posición del ser humano en la tierra, luchando y ocupando ese espacio llamado vida. Muchas de estas premisas, tal vez por su pérdida gradual de la memoria, se le fueron olvidando, pero dejó inmersa la voluntad de persistir por mis ideales contra viento y marea, en cualquier tiempo o espacio.

Los ancianos quedaron satisfechos al conocer la finca, les impresionó el estilo barroco de los acabados interiores, cuyos detalles se encontraban bien conservados, y la gran cantidad de terreno circundante, incluido el bosque. Todos anidamos buenos presagios sobre el negocio, e hicimos fuerza para que se concrete, ya que la amenaza de un posible desalojo y el posterior derrocamiento de la casa, parecía lo más próximo. Manuel en esta temporada permanecía taciturno, y por sus movimientos descoordinados, diría que bastante inquieto y preocupado; él había construido y ampliado con sus manos una parte de la casa cuando era hacienda, y su conflicto radicaba en la angustia provocada, por irse

desprendiendo de esta posesión vital para su existencia intangible. Daba mucho pesar ver ese vagabundeo innecesario, causado por el carácter irascible y autodestructivo que le iba envolviendo.

Las cosas estaban así, y las decisiones posteriores jugarían un factor determinante en la permanencia de todos los habitantes de la casa.

Esto afectaba y lo comprendía muy bien otro familiar, Ramón el de espíritu aventurero, que intuyendo la situación incursionaba al exterior de la finca con frecuencia. Después de incitarme varias veces a que lo acompañase, una tarde, cuando la intranquilidad estaba haciendo presa de mí, liberé mi curiosidad y dejé que la invitación de Ramón se haga efectiva. Bajamos por la carretera que conducía a la casa, a una velocidad que ningún ser humano podría medir o controlar; sentí vértigo, en realidad hacía mucho tiempo que no salía fuera de los muros de la casona. Nos dirigimos directamente a Quito, la ciudad más grande y cercana al Valle. Todos los pueblos de la periferia se habían fusionado a la ciudad de forma rápida, ampliando todos sus puntos cardinales, y acompañados de la mano con lo bueno y lo malo que el desarrollo significa. Merodeamos por parques, calles y sitios antiguamente conocidos, y los lugares desconocidos nos impactaron por las innovaciones arquitectónicas y atrevidos conceptos ornamentales. Decididamente todo había cambiado, y esta apreciación llenaba de nostalgia mi esencia, trastocando la idea primaria de los recuerdos depositados a lo largo de mi antigua forma de ver las cosas. Siendo objetivo, podría decir que, Quito se había convertido en una ciudad cosmopolita de rápido crecimiento, y las calles, casas, parques, iglesias, edificios, se habían multiplicado de forma inimaginable, haciéndome sentir un completo extraño en mi propia tierra. Era la hora en que la tarde comenzaba a declinar en noche; quedé extasiado al ver esa coreografía urbana, con las avenidas atestadas de vehículos del más variado aspecto, y locales comerciales desbordando luces artificiales y sonidos estridentes, donde las personas se sentían como peces en el agua. Recorrimos casi todos los sitios de los sectores comerciales, y en algunos lugares nos cruzamos con ectoplasmas muy extraños e incomprensibles para nosotros. Ya pasada la medianoche, Ramón decidió que era tiempo de hacerme conocer la verdadera vida nocturna de la antes pacífica ciudad. Nos dirigimos a la parte antigua y colonial, pasamos de las opulentas avenidas, a las estrechas y tenebrosas callejuelas de ciertos barrios populares, donde grupos de indigentes y malvivientes disfrutaban toda clase de frivolidades y substancias. Varias callejuelas, zaguanes, puentes y casas que algún día tuvieron su esplendor, hoy servían de cloacas malolientes y escondites de mala muerte a drogadictos, asaltantes, y delincuentes de toda laya, además de encontrarse lo más florido de las meretrices callejeras. El caos era parte del desenfreno con que la gente vivía su realidad, y no había diferencia alguna entre los grupos de las grandes luces y estos. La única diferencia tal vez, radicaba en la apariencia y el entorno, más el objetivo era similar: fugarse de sí mismos. Al regreso algunas veces nos cruzamos con espíritus corpóreos

decididamente malos, que bajo efecto de alguna droga o por medio de evocaciones, nos podían ver, y armando tremendas peleas y bullicios insoportables, nos cortaban el periplo por este submundo. Lo que no podía creer, era el caso omiso que hacía la gente del lugar a muchos de estos vecinos lúgubres, no teniendo la misma consideración con otros que, siendo inmateriales, causábamos un temor aterrador, sin ser exactamente malos o violentos. Así fuimos de calle en calle y de lugar en lugar, uno más tenebroso que otro, pero igual de dantesco. No podía concebir la idea de dejar la finca y establecerme por estos lupanares, tan distantes del espíritu de contemplación que deviene en cosas sencillas y prácticas. La angustia ocasionada por esta visita caló muy hondo en mi ánimo, a tal punto que pasé algún tiempo digiriendo lo que había visto, sintiéndome culpable de algo que a ciencia cierta no sabía que era, dudando, si era solidaridad o tristeza, ocasionada por la misma soledad que nos cobijaba a unos y a otros. En fin, fue pasando la inquietud de esta exploración urbana y regresé nuevamente al caballete y los pinceles, tratando de fusionar estas nuevas experiencias a las composiciones cromáticas.

Lo peor llegó después de algunos días, cuando nos enteramos que la propiedad sería vendida a una constructora, y que pronto derrocarían e iniciarían los trabajos de lotización y urbanización. El desconsuelo fue general, pero a quien más impactó la noticia fue a Manuel. Hasta la noche anterior a que aparecieran las palas mecánicas, él no dejaba de vagabundear por toda la propiedad, emitiendo un aullido de lobo bastante lastimero, tan agudo y triste que, la gente de la vecindad ya no salía las noches, por temor a verse involucrados en un accidental encuentro con este ser irreal. Ramón al contrario de lo que se podía suponer, tomó las cosas de forma muy práctica. Confirmada la noticia que una parte del bosque de pinos, se salvaba de la hecatombe y destrucción, interpuso sus mejores recursos, auto nominándose embajador de los habitantes de la casa, y contactó con hadas, duendes y demás seres etéreos del bosque, para que estos autoricen y nos reciban en este reino natural y hermoso. No tuvo que rogar mucho a los habitantes del bosque, enterados de las fatídicas consecuencias de las negociaciones con la inmobiliaria, nos abrieron las puertas, brindándonos parte de su espacio de muy buena gana. El día del trasteo fue penoso para todos; mientras empacaba los bártulos del taller, pude ver a través de la ventana, como Manuel se dirigía hacia la verja de hierro con una petaca, caminando, regresaba a ver confundido, inflamado en un gris oscuro que le iba envolviendo. En tanto avanzaba, se enterraba más y más, hasta desaparecer completamente antes de llegar al portón principal. De Rosa no doy fe, al enterarse que la maquinaria estaba cerca, se retiró a sus habitaciones, oímos un grito desgarrador y eso fue lo último que supimos de ella. Norma por su parte ya había abandonado la casa algunos días atrás. En un desfile muy singular, Ramón, Beatriz y yo, cargando por los aires nuestras invisibles posesiones, y abandonando el hogar de nuestras respectivas historias, nos fuimos al fondo verde del bosque donde

habitamos ahora.